

poniendo en práctica cuidadosamente en nuestra familia. Frente á vosotros tenéis la estatua de la Santísima Virgen. Esa estatua está allí, en su nicho engalanado con guirnaldas de hiedra para decir á todo el que aquí llega que María es la dueña de nuestro jardín. En cada una de las piezas de nuestra casa está también la imagen de María, para atestiguar que todo lo nuestro le pertenece, nuestros bienes, nuestras personas, nuestras vidas. En nuestra casa nada se hace que no sea bajo la mirada y con la bendición de María; todo por María, para María, con María y en María, á fin de que todo quede mejor hecho por Jesús, para Jesús, con Jesús y en Jesús.

Aquí tenéis la razón de por qué ninguna cosa turba jamás la paz de nuestra casa. Venga lo que viniere, goces ó penas, estamos seguros de hallarnos siempre unidos al Corazón de María, y continuamos tranquilamente nuestro camino hacia el cielo.

Conocéis ya, hijos míos, el *secreto de María*, el secreto de la dicha! No lo olvidéis; y cuando lleguéis á ser grandes, enseñadlo á cuantos podáis con vuestras palabras y con vuestros ejemplos. . . . .

La madre se levantó, los niños la siguieron, y hechas aquellas demostraciones de filial ternura que acostumbraban dar á la autora de sus días, contentos y alegres se sentaron á la mesa, cenaron juntos y juntos se divertieron un buen rato: llegada la hora del descanso, postráronse reverentes á dar gracias á Dios por sus beneficios, invocar la protección de María y los cuidados del Angel de la Guarda. . . . .  
¡Plácido sueño el de aquellos buenos niños bajo las alas de los ángeles, la mirada cariñosa de María y la paz de Dios que reinaba en sus tiernos é inocentes corazones!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



## EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

*Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA.)

Además, si el oficio de juez le conviene á Cristo por lo que es en sí mismo, como justa recompensa y premio de las humillaciones que padeció, á nosotros no menos nos conviene; porque es indispensable que todos cuantos han de ser juzgados vean y sientan la presencia de su juez; y como la mayor parte no le podrán ver en cuanto Dios á causa de los crímenes que cometieron, no les queda más arbitrio que verle bajo la forma humana.

Por otra parte, como Jesús se hizo hombre y dió su vida por nosotros, nadie podrá reprocharle que emplea una severidad excesiva. Por esto es que vendrá precedido de la señal augusta de la Cruz, estandarte de nuestra redención; se sentará en el valle de Josafat, no lejos de Jerusalem y del monte Calvario en que por nosotros fué crucificado. Con tales recuerdos y con tales testimonios ante los ojos, ¿quién podrá reclamar contra la sentencia de condenación pronunciada por un juez que primeramente fué nuestro misericordiosísimo Salvador?

El juicio se verificará al fin del mundo; pero ese fin ¿cuándo será? Nadie lo sabe: tal fué la respuesta breve, precisa é infalible que Jesús dió á sus discípulos al preguntarle acerca de esto: *De aquel día y de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, sino sólo el Padre.* (San Mateo XXIV. 36; San Marcos XIII. 32.) ¡Pero qué! ¿Jesucristo lo ignoraba?—No, no lo ignoraba; pero en cuanto enviado del Padre, no lo sabía con ciencia que pudiera comunicar á otros. Diólo sí á conocer declarando los sucesos extraordinarios y los signos prodigiosos que anunciarán tan grande acontecimiento y por los cuales se podrá conocer su proximidad. Hé aquí los principales que manifestó el Salvador:

- 1.º La perversión universal de las naciones; la tierra inundada toda de vicios y de abominaciones hasta tal extremo que costará trabajo hallar un verdadero adorador de Dios.
  - 2.º El conjunto horrible de calamidades que desolarán el mundo, pestes, hambres, guerras y terremotos.
  - 3.º La espantosa multiplicación de los malvados y de los falsos profetas que se levantarán para engañar al mundo y que usurparán el nombre de Cristo y de enviados de Dios.
  - 4.º La segunda venida de Enoc y de Elías á la tierra y la predicación del Evangelio en todos los lugares del universo.
  - 5.º La conversión de los judíos á la fe cristiana.
- Cuando viereis hacerse estas cosas, sabed que cerca*

*está el reino de Dios,* dijo Jesucristo á sus discípulos para instrucción de la posteridad. (S. Lucas XXI. 31.)

Pero el signo más inmediato, el último anuncio de su venida, será el desorden de toda la naturaleza; se eclipsará el sol, la luna aparecerá teñida en sangre, caerán las estrellas, y por último un diluvio de fuego vendrá á destruir y reducir á polvo todas las cosas terrestres, á renovar y purificar lo que habrá de subsistir. Comprendéis desde luego que en medio de tan espantosa destrucción, los hombres que tengan vida perecerán sin excepción, ya por el miedo y horror, ya por el fuego. Así pues, cuando decimos que Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, esta expresión *los vivos* debe tomarse en un sentido moral y aplicarse á los que viven de la vida de la gracia, por oposición á los pecadores, esto es á aquellos que, aunque vivan con la vida natural, morirán en ese momento para resucitar en seguida y ser juzgados lo mismo que los otros.

En efecto, después del horrible preludio que acabamos de indicar, se escuchará el sonido de la trompeta que llamará á todos los muertos á una vida nueva y los congregará en una extensa llanura. Abriránse entonces los cielos dejando ver una inmensa luz, y Jesucristo precedido de la cruz, escoltado por legiones de ángeles y resplandeciente de soberana majestad descenderá para juzgar: *Verán al Hijo del hombre que vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad.* (San Mateo XXIV. 30.)

¿Cuál será la *materia del juicio?* Nuestra vida en-

tera que, según el lenguaje de las santas Escrituras, será puesta á la consideración de la mirada divina: *Has puesto nuestras maldades delante de ti: nuestro siglo en la iluminación de tu rostro.* (Salmo LXXXIX. 8.) Pasarán entonces en revista todos cuantos pecados hemos cometido en el curso de nuestra vida, con la inmensa variedad de tiempos, lugares y circunstancias; serán examinadas minuciosamente y con sumo rigor nuestras malas obras, nuestras conversaciones desarregladas, nuestras palabras ociosas, nuestros pecados puramente interiores de complacencia, de deseo y de intención.

Más todavía: se nos imputarán los pecados ajenos á que dimos ocasión de cualquier manera: las órdenes, las instigaciones, los consejos, los permisos, los malos ejemplos de toda especie que hubiesen causado escándalo ó el pecado de otros.

Aparecerán en seguida los pecados de omisión de que seamos culpables, ya con respecto á los deberes generales de cristianos, ya con relación á las obligaciones particulares de nuestro estado y de nuestra condición.

Y todavía más: aparecerán las mismas obras que creemos buenas y que lo fueron en apariencia, pero que estuvieron viciadas interiormente por un fin malo ó por una mala ejecución. Finalmente, el abuso de los dones de Dios, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia: el abuso de la salud, de las riquezas, del talento, de la instrucción, de los avisos, de las reprensiones, de los remordimientos, de las

inspiraciones, de las luces y gracias interiores de todo género.

Todo, todo quedará manifiesto. ¡Oh! ¡qué extensa materia del juicio y qué muchedumbre tan incontable de pecados!— Pero ¿cómo, preguntaréis, se podrá hacer un examen tan minucioso de la vida de todos los hombres que ha habido y que habrá sobre la tierra?— Pues os digo que se hará en un instante, porque el supremo Juez esparcirá una luz viva y penetrante que pondrá en la mayor evidencia todas las faltas de cada uno, como el sol descubre súbitamente las manchas del cristal que se le presenta: por tanto, no habrá ni excusa, ni réplica, ni justificación, sino la más completa y la más irresistible convicción; por lo cual los malos sentirán una vergüenza suma al verse así descubiertos en presencia del mundo entero.

Reveladas de ese modo las conciencias, el juicio terminará por una doble sentencia, de eterna bendición para unos, de eterna maldición para otros; sentencias que producirán inmediatamente sus efectos; y por tanto, los unos prorrumpiendo en alaridos de desesperación y de rabia, serán sumergidos en los tormentos del infierno; los otros subirán al cielo entonando himnos de alegría: dos términos infinitamente opuestos.

Hé aquí en breves palabras la historia de ese gran día con sus circunstancias peculiares. Así es como nos lo describe Jesucristo, y esas son las señales con que lo manifestó á sus discípulos; por lo cual

no hay lugar á la menor duda respecto de su verificativo. Todas cuantas predicciones se hicieron acerca del nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo; sobre la venida del Espíritu Santo, la ruina de Jerusalem, la conversión de los gentiles y otras muchas profecías, se han realizado al pie de la letra: la única, dice San Agustín, cuya realización esperamos, es la del juicio final; y el pasado es la más perfecta garantía para lo futuro; puesto que las demás cosas se han efectuado, igualmente acaecerá, tarde ó temprano, el tremendo juicio universal.

(CONTINUARÁ.)

---

## MORAL

### LA ESPERANZA.

(CONTINÚA.)

2.º *Huir de las ocasiones.*—«Las ocasiones, dice un autor, son el escollo de las convicciones más aseguradas; el que huye de las ocasiones da una prueba de que su conversión y amor á Dios es sincero. Decir que se detesta el pecado y amar al propio tiempo la ocasión, es contradecirse groseramente. Detestar el pecado y huir del lugar, del tiempo y de cualesquiera otras circunstancias que induzcan á pecar, es para que abriguemos la consoladora esperanza de que Dios se dignará dar la gracia de la perseverancia. Dios mismo concede la gracia para ponerse á salvo de la ocasión pecaminosa; si tal

auxilio se desprecia, ¿quedará derecho para algún otro? No olvidemos que el primero y más heroico triunfo que podemos obtener contra la tentación, es huyendo de las ocasiones.

El Espíritu Santo por mil maneras nos previene la necesidad de evitar la ocasión: El que ama el peligro, en él perece: Si tu ojo te escandaliza, sácalo; porque mejor es entrar sin un ojo en el cielo, que con los dos irse al infierno: Si tentáis á Dios, Dios os abandonará.

3.º *El trato con los buenos.*—Porque el buen ejemplo influye poderosamente en nuestro corazón para evitar el mal y obrar el bien.

4.º *La devoción al Corazón amorosísimo de Jesús.*—Bien conocidas son las promesas que el mismo Divino Salvador se dignó hacer á los que cultivasen tan santa devoción. El alma que se acerca á esa hoguera de amor, no podrá menos que encenderse en caridad, ó lo que es lo mismo, en el amor divino que consume al pecado y alienta para la virtud.

5.ª *La devoción á la Santísima Virgen María.*—Esta divina Señora es vida, dulzura y *esperanza* nuestra: es la Madre del género humano, la abogada de los pecadores y la puerta del cielo.

---

### LA CARIDAD.

I

Hemos llegado á la explicación de esta preciosísima y sublime virtud, la mayor de todas, virtud

exigida por la naturaleza misma de Dios, que es Bondad suma y amabilidad por esencia; por la naturaleza de nuestro corazón, hecho por Dios para que viva del amor, pues *el que no ama se halla en estado de muerte*. Virtud mandada por el Señor en el primer precepto del Decálogo, y directa ó indirectamente imbibida en todos los demás. Virtud en fin, recomendada y encarecida por Jesucristo en las páginas del Santo Evangelio.

Nuestro libro de oro, el Catecismo, dice: *¿Qué cosa es caridad? Amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos.*

Tal es el más lacónico resumen de la doctrina del amor divino. El objeto formal, el motivo, la razón de ser de este amor de caridad es la Bondad infinita. El objeto material es en primer lugar, Dios; en segundo lugar, el prójimo por Dios.

## II

• Amar á Dios sobre todas las cosas; amarlo por ser quien es, «inmenso piélago de esencia, profundo abismo de bondad, golfo de infinidad, mar de perfecciones, idea de hermosuras, profundidad de bienes.» (P. Nier.) Amar á Dios porque es «la flor de la hermosura, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo dulce de la afabilidad, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor.» (Ibid.)

• ¿A quién ha de amar nuestro corazón si no ama á Dios? «Lo que suele causar amor, dice el P. Nieremberg, lo que suele causar amor con grande suavidad, es la hermosura; por tanto, no hay cosa que con más gusto debamos amar, que á nuestro Creador, pues no hay cosa más hermosa. Verdad es que todos los atributos divinos son tan perfectos y amables que por uno solo debe amarse sobre todas las cosas; pero este título de hermoso concilia más las voluntades y encierra los demás.

• Por eso Sócrates, para persuadir á los hombres el amor de Dios, no lo hace con otro nombre sino llamándole hermoso, poniendo tales calidades de la hermosura que sólo competen á Dios, el cual es hermoso sobre todas las lindezas y maravillas del mundo.

• ¿Cuál será la hermosura espiritual del que es puro espíritu, puro acto, pura razón? Es tanta esta bondad y hermosura de Dios, origen y forma de las demás hermosuras y lindezas, que en su comparación toda hermosura junta de cuanto hermoso hay ó puede haber en las criaturas, es fealdad. Y aunque todas las criaturas posibles fuesen más hermosas cada una que mil soles; y los átomos del aire y arenitas del mar se convirtiesen en bellísimos serafines, y la hermosura de todas juntas se amontonasen en uno, fuera todo gran tosquedad respecto de la belleza divina, que cuanto es mayor que las demás, tanto es más diferente, principalmente de la corporal.

• Porque es la hermosura de Dios, total y substancial; no como los cuerpos hermosos, que ni son en-

tera ni esencialmente hermosos, porque no lo son sino por la superficie exterior; y un poco que les quitasen de ella con un leve rasguño ó una arruga, bastaría para afearlas. Y cuando toda esté sana y lisa, no suele ser general su hermosura; porque siendo el rostro hermoso, suelen ser desproporcionados por otros motivos.

«Mas Dios todo es hermoso, por todas partes perfectísimo: de dondequiera agrada, echa rayos de hermosura, y derrama suavidades, gracias y lindezas con tal exceso, que una vez que se viese, era imposible dejar de enamorarse de él y amarle sobre la vida y el alma.

«¡Oh Dios hermosísimo! fuente de toda belleza, original de toda hermosura, ejemplar de toda lindeza, prototipo de toda perfección, raíz de toda bondad, regla de todo orden, imán de todo amor: ¿cómo no nos aficiona vuestra hermosura, pues es la flor y lo puro de todo lo hermoso? ¡Oh Señor! ¡quién tuviera un corazón tan puro para amaros como merece la pureza de vuestras perfecciones y lindezas! porque si la hermosura creada se ama y se admira por ser una sombra de la vuestra, ¿cómo hemos de amar á la luz, á la substancia, á la verdad de la hermosura? Poco es mi entendimiento para admiraros, poco mi corazón para amaros. Quisiera que todos los cabellos de mi cabeza, los miembros de mi cuerpo, los artejos de cada miembro y los poros de cada artejo se me convirtieran en corazones, y cada corazón en un coro de serafines para amaros con

todos; y tener otros tantos entendimientos de querubines para admiraros con ellos y reverenciaros, si no como merecís, por lo menos algo de lo que esta criatura vuestra desea.» (*De la hermosura de Dios y su amabilidad.*)

«Pues este es el objeto de nuestro amor: el Dios eterno, inmutable, cuyo ser es inteligencia, sabiduría, bondad, amor, verdad, hermosura infinita siempre antigua y siempre nueva.

Ocurre preguntar: ¿por qué nuestro amor divaga? ¿por qué se va en pos de miserables y veleidosas criaturas que ni le satisfacen ni le duran? ¡Ah! es porque no pensamos en Dios, y no pensando en Él no le conocemos, y no conociéndole no le amamos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. ¡Pobre corazón nuestro! mientras no halla el centro donde se fije, tiene que estar inquieto como estuvo el corazón de Agustín antes de que se convirtiera; pero si sabemos volvernos á Dios para conocerle, amarle y servirle, de seguro que llegaremos á exclamar con el mismo Doctor: «tarde te conocí, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te conocí.» (CONTINUARÁ.)

## VARIEDADES

### PEQUEÑO CÓDIGO DE LA FAMILIA CRISTIANA.

#### I La casa.

1. La familia cristiana se distingue por el orden, la limpieza y la economía que reinan en la casa.

2. El Crucifijo ocupa el puesto de honor.
3. Se ven en ella igualmente otras imágenes piadosas: el adorable Corazón de Jesús, la Santísima Virgen, la Sagrada Familia, el Ángel Custodio, los Santos Patronos, etc.
4. Si hay imágenes profanas, en ninguna de ellas se advierte la menor cosa que pueda ofender la mirada, que pueda sobresaltar una alma.
5. Hay agua bendita cuidada con esmero y renovada con frecuencia.
6. Hay palmas benditas en las paredes, ó en las puertas y balcones.
7. Hay ceras benditas, ó puestas en candeleros delante de alguna imagen sagrada, ó guardadas en algún lugar decente.

En la familia cristiana, *la casa es un santuario.*

## II

### *El padre y la madre.*

1. En la familia cristiana el padre y la madre reflexionan á menudo en sus grandes deberes.
  2. Se guardan mutuamente un amor el más constante.
  3. Se respetan como templos sagrados.
  4. Se ayudan en su común tarea.
  5. Se sufren uno al otro sus defectos.
  6. Evitan siempre disputas y desavenencias . . . .
- Si alguna nubecilla de disgusto asoma, pronto se desvanece y nunca llegan las tempestades!

7. El esposo manda con benevolencia; la esposa obedece con dignidad.
8. Con [respecto á sus hijos, se dicen frecuentemente: «Hé aquí las *almas* que debemos conducir al cielo.»
9. Los llevan á bautizar en el mismo día en que nacen, ó al día siguiente, á más tardar.
10. No consienten en que los alimente y los cuide ninguna otra mujer, mucho menos una asalariada, si no es en el caso de una grave necesidad.
11. Les enseñan á conocer á Dios desde la primera y más tierna infancia.
12. No se afligen cuando los ven multiplicarse, porque saben que Dios bendice las familias numerosas, que la tierra es grande y en ella caben todos los hijos de Dios y que «en la casa del Padre celestial hay muchas mansiones,» según la palabra de Jesucristo.
13. No los hartan de golosinas, ni los emperifollan como figurines, ó figurones.
14. Tienen presente que el Espíritu Santo ha dicho: *El que excusa la vara, quiere mal á su hijo: y el que lo ama con muchas veras, lo corrige.* (Sagrado libro de los Proverbios XIII. 24.)
15. No les envían á la escuela sin Dios.
16. Oran por ellos mucho, mucho y mucho.
17. Están alerta para no dejarlos ni leer libros y periódicos malos, ni guardar estampas peligrosas, ni frecuentar compañías sospechosas.
18. Jamás pretenden *inspirarles* tal ó cual voca-

ción, antes bien investigan con esmero y prudencia la que el Creador se haya dignado darles, y les facilitan los medios para seguirla.

19. Cuando llega la ocasión de casarlos, tienen presente que se trata de casar no una caja fuerte con un bolsillo, sino una alma con otra alma.

En la familia cristiana *el padre y la madre son reyes y sacerdotes.*

### III

#### *Los hijos.*

1. En la familia cristiana, los padres no se inclinan ante sus hijos como si éstos fuesen ídolos; pero sí los hijos están casi de rodillas delante de su padre y de su madre: tan grande es así el respeto que les guardan, por ver en ellos la imagen de Dios.

2. Los hijos hablan de *Usted* á sus padres y nunca les *tutean*.

3. Los obedecen con docilidad.

4. Miran como una gran desgracia ocasionarles el menor disgusto.

5. Los asisten con paciencia y con amor en su ancianidad.

6. No esperan á que hayan perdido el conocimiento para proporcionarles los últimos sacramentos.

7. Cumplen fielmente su última voluntad.

8. Conservan religiosamente su retrato; ruegan y hacen rogar por ellos después de su muerte.

9. Los hermanos no riñen entre sí; se miran unos á otros con cariño y con respeto.

10. Los mayores nunca olvidan que deben dar ejemplo á los menores.

Y entonces se cumple aquella expresión del Libro de los Salmos: *¡Cuán bueno y cuán gustoso es habitar los hermanos en unión!* (C. XXXII. 1.)

### IV

#### *Los criados.*

1. En la familia cristiana, el amo y el ama eligen escrupulosamente sus sirvientes.

2. Y ponen su principal esmero para elegir entre mil á aquel á quien han de confiar la guarda de su más precioso tesoro, de sus hijos.

3. Vigilan atentamente sus palabras y su conducta.

4. Jamás les toleran una blasfemia.

5. Les conceden entera libertad para cumplir sus deberes religiosos.

6. Les mandan con bondad.

7. Los criados sirven á sus amos con respeto, con afecto, con fidelidad y con alegría.

8. Son discretos y nunca descubren á los extraños lo que se dice y se hace en la casa.

En la familia cristiana los criados son mirados como *parte de la misma.*

### V

#### *Los parientes, amigos, vecinos y extraños.*

1. En la familia cristiana se considera como uno de los más dulces goces de la vida mantener afec-

tuosas relaciones con los vecinos, los amigos, y sobre todo con los parientes cercanos.

2. No hay envidias; al contrario, se experimenta satisfacción por el bien ajeno.

3. No se da cabida jamás al rencor.

4. Se pone esmero en servir al prójimo sin interés alguno.

5. Nunca se niega un centavo, un pedazo de pan, ó un vaso de agua al pobrecito que pasa, porque se ve en él la persona misma de Jesucristo.

6. Ni se abre la boca ni se presta oídos á la mentira y á la calumnia.

7. Se pagan las deudas con prontitud.

8. Se observa siempre lealtad y franqueza, y no se miente jamás, aunque la mentira no haga mal á nadie.

9. Se trabaja honestamente y se tiene plena confianza en la Providencia.

10. Y no se consultan sonámbulos y hechiceros.

En la familia cristiana, la fe, la esperanza, la caridad y la justicia tienen su asiento en los cuatro ángulos del hogar.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

## IMPRESA DE "EL CATECISMO"

CALLE DE BALVANERA NÚM. 18.—MÉXICO.

En este Establecimiento se desempeñan con *Esmero, Prontitud y Corrección*, toda clase de trabajos tipográficos.

**Puntualidad y Precios moderados.**

# EL CATECISMO

ORGANO

DE LA CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.

*Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.*  
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.  
1.ª EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

## DOCTRINA

(CONTINUA)

—Mas, ¿solamente al fin del mundo hemos de ser juzgados?—No, además del juicio público y solemne de que venimos hablando, hemos de sufrir uno particular y secreto, en el que nuestra alma sola estará en la presencia de Dios. En el instante mismo y en el mismo lugar en que nos sorprenda la muerte, se levantará para nosotros un tribunal ante el que comparecerá nuestra alma separada del cuerpo, para rendir cuenta de todos sus actos y recibir conforme á sus obras una sentencia que decidirá inmediatamente nuestra suerte por toda la eternidad. Este es otro de los artículos clarísimos de nuestra fe: *Está establecido á los hombres, que mueran una sola vez, y después el juicio.* (San Pablo á los Hebreos IX. 27.)

—Pero en tal caso, diréis, ¿qué necesidad hay de otro juicio, si nuestra suerte se decide inmediatamente después de morir?—No hay, en efecto, una necesidad absoluta, no es indispensable ese segundo tribunal, y bien pudo Dios disponer las cosas de otro modo; mas, con todo, hay muchas razones de con-